



## En comunión de vida

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

En el camino cuaresmal nos preparamos para la celebración de la Pascua, en donde se nos revela el misterio central de nuestra fe: Dios que nos ha llamado a la vida con su soplo divino, ahora quiere participarnos también de su eternidad y en el sacrificio de Cristo nos arranca del poder de la muerte que hemos heredado como consecuencia del pecado. El misterio de su amor inmensurable dispone para nosotros la oportunidad de acoger la vida eterna. Para acercarnos a esta realidad reflexionemos a partir de las lecturas que nos acompañan en la celebración eucarística de este 5º Domingo de Cuaresma.

Sabemos que la tumba es el lugar normal y apropiado para los muertos. Pero cuando la Escritura habla de tumbas no siempre se refiere a la excavación destinada al reposo de cuerpos sin vida; también podemos identificar en ellas la imagen de la consecuencia del pecado. Podríamos decir que una persona está en su tumba cuando su corazón está lejos del Señor, como ocurre en la denuncia de la hipocresía, cuando Jesús dice: “Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, pues son semejantes a sepulcros blanqueados” (Mt 23,27) En este contexto podríamos acercarnos a la profecía de Ezequiel: “Así dice el Señor: Pueblo mío, yo mismo abriré sus sepulcros, los haré salir de ellos y los conduciré de nuevo a la tierra de Israel” (Ez 37,12).

En medio de la deportación a Babilonia, la profecía anuncia el despertar de un pueblo cuyos miembros se sienten muertos política y religiosamente. Al manifestar el propósito de Dios al abrir los sepulcros: “les infundiré mi espíritu y vivirán” (Ez 37, 14) Ezequiel ayuda al pueblo a reconocer que Dios le ofrece también la liberación de la esclavitud de sus pecados; liberación mucho más grande que sacarles del dominio imperial de los poderes de la vida en esta tierra. En esta promesa de reconciliación reconocemos el poder de Dios. Esta es la alegría de nuestro Dios: que salgamos de la hipocresía del pecado y nos alegremos con él en el encuentro de la reconciliación que nos ofrece en Cristo. San Lucas ilustró en la parábola del padre misericordioso, cómo el perdón es signo de que Dios se alegra al vernos salir de la tumba: “Sacad pronto un manto, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida” (Lc 15, 24).



En la enseñanza de san Pablo vemos la importancia de reconocer nuestra dignidad de hijos de Dios, para que de esta manera podamos caminar con esperanza en medio de nuestra humanidad inclinada al pecado. En nuestro camino hacia la vida eterna, es necesario discernir la manera de vivir acorde a la libertad que nos ha alcanzado Cristo: “ninguna condena pesa sobre los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte” (Rm 8, 1-2) Esta es una oportunidad para renovar nuestra confesión en el espíritu Divino, dador de vida. Es movidos por este Espíritu como podemos aceptar y dar testimonio de que somos discípulos de Cristo, “el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes y les dará la vida” (Rm 8,11) reflexionemos en la enseñanza de nuestra iglesia que declara que el misterio de nuestra humanidad se esclarece en la encarnación;

El primer hombre, Adán, fue un ser animado; el último Adán, un espíritu que da vida. Aquel primer Adán fue creado por el segundo, de quien recibió el alma con la cual empezó a vivir [...] El segundo Adán es aquel que, cuando creó al primero, colocó en él su divina imagen. De aquí que recibiera su naturaleza y adoptara su mismo nombre, para que aquel a quien había formado a su misma imagen no pereciera. (CEC 359)

Son muchas las cosas que podríamos sacar del Evangelio y que nos instruyen en torno al sentido de la muerte y la vida, pero quisiera que fijáramos nuestra mirada en la intencionalidad que revela Jesús a sus discípulos cuando es advertido de la grave enfermedad que padece su amigo: “Esta enfermedad es para que se manifieste la gloria de Dios” (Jn 11,4). Todas las enseñanzas de Jesús, están enfocadas en que podamos entender y aceptar el amor del Padre. En el relato entendemos que Jesús se conmueve con el dolor de los otros y con su ejemplo nos llama a ofrecer consuelo y esperanza a quienes sufren, pero sobre todo nos abre los ojos para que podamos reconocer la importancia de la fe, por medio de la cual lo podemos recibir a Él, fuente de vida eterna.

Crear en la Resurrección del último día, exige de nosotros una actitud que nos lleve a levantarnos constantemente de la muerte que sufrimos a causa del pecado. Esto es escuchar y aceptar el anuncio victorioso de Cristo que ha vencido la muerte y sigue gritando con fuerte voz, que en Él nada nos puede separar del amor de Dios.



# desdelosimple

Para contemplar la vida

Aquí podemos experimentar que Dios es vida y da vida, pero asume la tragedia de la muerte. Jesús pudo haber evitado la muerte de su amigo Lázaro, pero quiso compartir nuestro sufrimiento por la muerte de personas queridas y, sobre todo, quiso demostrar el dominio de Dios sobre la muerte. Dice el Papa Francisco comentando el pasaje del encuentro de Jesús con Lázaro en su tumba:

Allí todo parece terminado: la tumba está cerrada con una gran piedra; alrededor hay solo llanto y desolación. También Jesús está conmovido por el misterio dramático de la pérdida de una persona querida: «Se conmovió profundamente» y estaba «muy turbado» ( Jn 11, 33). Después «estalló en llanto» (v. 35) y fue al sepulcro, dice el Evangelio, «conmoviéndose nuevamente» (v. 38). Este es el corazón de Dios: lejano del mal pero cercano a quien sufre; no hace desaparecer el mal mágicamente, sino que con-padece el sufrimiento, lo hace propio y lo transforma habitándolo. (Angelus 04/02/2017)

En este día podemos aceptar y proclamar el mensaje que nos sostiene en todas las situaciones que pasamos en esta vida, podemos decir con firmeza: Dios no nos creó para el sepulcro. Al Confesar nuestra fe en la resurrección declaramos que:

Por su muerte y su Resurrección Jesucristo nos ha abierto el cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo, quien asocia a su glorificación celestial a aquellos que han creído en Él y que han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Él” (CEC 1026).

Los Padres de la Iglesia han llamado a la Eucaristía una medicina de inmortalidad. Y así es, porque en la Eucaristía entramos en contacto, más aún, entramos en comunión con el Cuerpo Resucitado de Cristo, entramos en el espacio de la vida ya resucitada, la vida eterna. Entremos en comunión con este Cuerpo que está animado por la vida inmortal y así, desde este momento y para siempre, habitaremos en el espacio de la vida misma. De este modo, este Evangelio es también una interpretación profunda de lo que es la Eucaristía y nos invita a vivir verdaderamente de la Eucaristía, para poder así transformarnos en comunión de amor.